

ORIGEN FUTURO.

Futuro.

La planta devoradora.

Con su forma de pulpo y ojos de miope, revuelta la melena amarilla entre un cactus calvo, se mueve la planta devoradora a quien sólo conocen en profundidad sus víctimas. Productora de plana muerte, circunda un área oscura de tierras fangosas en el extraño jardín botánico, donación malévolamente del doctor Pastor. Se mueve con la facilidad de la danzarina del vientre y atrapa con la rapidez de un gato saltando, hinca el diente como una rata venenosa y deja sin aliento, sin respiración y sin nada, muerto. Aniquila con ligereza y lo que parece una sonrisilla bajo el antejo estúpido. Mira además con poca gracia tras sus atentados taxativos y herméticos. Tiene angustiado al cactus de al lado, él nunca mostró vergüenza ni pidió ayuda y sufre a cambio con respeto forzado a la vecina cruel e inhóspita. Asesinó el amor encarnado en una joven visitante y ahora ríe mofletuda la hazaña, soltando histéricamente sus pelos locos por el aire marino. Los macabros años que pasaste en el anárquico jardín del ido biólogo te pasan cuenta ahora al desecarse tu guarida para construir un vertedero. Pasto eres de tu propia golosina venenosa. Muerta estás.

Elefantillos.

Estos pequeños elefantillos azules paseaban por el campo tórrido de montes pétreos. Detrás había un sol de espejos, nubes voladoras y el platillo metálico que les trajo. Tropezaban entre sí por sus cabezas tan grandes y poca base. Se comunicaban algún ruido y salían otros con sus bastones metálicos tramando difíciles medidas.

A la tercera semana comenzaron a extraer piedras con una maquinaria de gran efectividad y las dispusieron formando extraños dibujos.

Fueron cuatro meses de incesante trabajo y después se marcharon con violentos alaridos. No encontraron a nadie ni nada.

Tomás.

Escorpiones mordiendo seso, la aguja clavada, confusión, dejarse caer al suelo, salir huyendo, el llanto mudo o ir reduciendo el ánimo con profundo desengaño, un pequeño temblorcillo de piernas y meter la cabeza entre los hombros. Nos dejaron lo peor, el trabajo inhumano. Amo la literatura y las lenguas, odio la energía negativa contra mi ser.

Ministerio.

No hemos rehecho la carretera 28 porque, a pesar del alto índice de accidentes, es prioritaria la zona oeste, donde la mortandad se ha disparado. La caterva de marginalidad ha sido relegada. La vía férrea está protegida, no se puede desviar o hundir. En cuanto al grave accidente producido en las aulas, el cadáver ha sido devuelto a sus familiares, a quienes damos nuestro más sincero pésame. Lamentamos el suceso, no obstante, desaconsejamos una vez más actitudes mezquinas que puedan desembocar en estos resultados sangrientos. Tomás 100 ha sido retirado.

Feo.

Siempre te sentiste feo, peludo eres, sí, pero, ¿y qué? Eso no es lo importante, sino el interior y tus ojos como dos platos hondos de sopa que muestran un lago de bondad. Entonces, ¿qué temer? Eres feliz excepto en esa pequeña arenilla negra, posillo irreductible de tu verte feo. No sé, quizá haya que comprenderte mejor y sentir contigo esos rechazos de no toda la gente, tu no verte como esas fotos o esos otros esqueletos.

Desapariciones.

Galaxia cero, desapariciones. Hemos enviado cinco escuadras, sólo volvió una voz entrecortada que expresaba oscuramente lo que allí sucede. Hemos realizado tantos viajes y no puede dudarse de nuestro material. Disponemos de los mejores ingenieros. Quizá sea eso, una obsesión exagerada por conseguir el final.

"Te echo tanto de menos, Mario, te amo y ni siquiera sé si estás vivo. Nunca debiste presentarte voluntario, ¿para qué?, ¿para ganar más?, ¿para tener más prestigio? ¡Ahora qué!, veo tu foto y sólo sé que te amo, estés donde estés."

"Vago por el espacio hasta que mi vida se consuma. Es triste comprender que no somos permanentes, María del Mar. Nuestro amor continuará a través de otros dos seres."

Teresa.

Teresa, estás desnuda, eres hermosa, en tu cuerpo reflejos de luz. Cuidas esas pinturas con mucho cariño. Nunca harías lo que tu antecesora, rajar aquel Degas, se trastornó. Conoces ahora todo lo que hay en este viejo museo, incluidas esas esculturas que se te parecen un poco. Sólo quisieras encontrar a alguien y amarlo con fuerza, pero ten cuidado, hay que acertar, no se puede querer a cualquiera. Salir un día, no sé, ver por fin a esa persona que es otro yo.

Metal.

Residuos. Metal. ¿Qué busco? Voy buscando orígenes, algún antepasado. He aquí un brazo, qué perfecta mano de hierro. ¿Qué soy? No sé. Pies, labios, no hay casi ojos. Esto, aquí sí, froto el objeto. Hola, hola, ¿sientes?

Aulas C.

Dos niveles, lo de siempre. Estoy muy jodido en las aulas. ¿No cesarán estas agresiones? Este, este tipejo, no tengo la culpa de tu sufrimiento, ¿entiendes? ¿Crees que soy sólo metal? Te asesto cinco cuchilladas en el cuello y mira cómo te dejo, clavado contra el corcho de la pared del fondo, quedas ahí pegado, rojo como una ciruela aplastada.

El monje.

Aun considerando todos los beneficios recibidos en mi vida como monje, que son abundantes, mi amor por ti, Laura, continúa. Puedo difundir a través de la universidad algo que podría ayudarnos a encontrar esa conciencia superior.

María.

Himeneos, relaciones quizá eróticas. Un individuo descerebrado frente al mundo audiovisual situado en un lugar ya muy profundo del infierno. El tedio, el vicio. Que la ansiada fusión de los mundos occidental y oriental nos pueda ayudar. Alcohol, más alcohol para el adormecimiento. Ceniza. Ojos muertos. Relaciones sociopolíticas al borde del fracaso por dificultades transitorias, desencuentros personales que pueden derivar en una masacre hasta sanguinaria. Vete a saber. Abre otra lata de cerveza y bebe, bebe ante la imagen nefasta.

Pero se escucha una llamada. Aparece por el monitor siete la imagen de una mujer con aspecto espacial, de ciencia ficción antigua.

- Hola, Quico, ¿cómo estás? Estoy hecha polvo. Pfff, estoy hecha polvo, tío -insiste con gravedad ante la respuesta nihilista del bebedor.

El hombre descerebrado contesta con desgana, vomitivo.

- ¿De veras?
- Hm. He tenido mucho trabajo y mucho trabajo de coco también -aduce con sus considerables ojeras.
- Sí (desagradable).
- ¿Tú sabes lo que es comerse el tarro? Que si esto, que si lo otro, que si lo de más allá. Estoy a punto de volverme loca. ¿Tú sabes lo que es eso? (algo malhumorada). ¡Tú qué vas a saber!
- Me lo puedo imaginar.

-¡Ja!

La hembra reflexiona.

- Te conservas muy bien, ¿eh?
- ¡Tú sí que estás buena!

La mujer comienza a humedecer sus labios con la lengua roja. Silencio.

Él hace un tímido movimiento de boca, muestra sus dientes animales y en los ojos se atisba ahora vida. Se toca el sexo. Ella piernas y tetas.

- María, me estás poniendo caliente.

- Tonto.

La falda de plástico deja entrever carne, su mano abre los pechos.

- María, para, para.

Aquella ríe. Con los dedos se contornea los labios. Morros rojos.

- No seas tonto (ríe).

- María, que la palmo, que la diño.

El macho se acerca lascivamente hacia una de las pantallas en su habitáculo, por la que aparece la imagen de la mujer.

- ¡Qué tetas tienes, María! (continúa la celebración). Bestial, bestial, sí, sí, sigue por ahí. Y uno y dos. Y uno y dos. Ahhh, ahhhh, ahhhhhh. María, ¡qué demasiao! Ohh, ohhh.

- Ahhh, ahh, ah (frenando). Chao, Quico, nos vemos. Chao.

El descerebrado cae como animal sobre las máquinas frías.

Todo ha ido bien. Bienvenidos de nuevo no sé a dónde. Siga, siga rodando. Todos los fracasos quedarán visualizados. La vida es teatro. Sigo bebiendo. Me miráis, soy película. Como vosotros.

El burro.

Explotó manchando de sangre la cara de un niño que odiaría con fuerza, aunque este hecho lo narraba con una mezcla de asombro y risa en emoción confusa.

No, no creo que sea gracioso, nunca lo he creído, pero a Pedro los ojos se le aguaban como un chiste. Cientos de veces lo contó al hijo del niño de la guerra. Aquí está el escrito después de haber llorado a quienes no volverán, al menos físicamente. Les mantengo en la memoria y sus nombres permanecen en mármol y aire, vuelvo al cuento. La bomba no llegó a explotar. Cayó como un simple hierro sobre el animal y lo partió en dos.

Gusto de los burros, por eso siento doblemente lo que sucedió en ese barrio viejo. Las personas corrieron inmediatamente hacia el refugio. Siempre caía alguien, por eso el burro era lo de menos. Nadie le dio importancia, mira, a mí me gustan mucho los burros, los veo enternecedores, además, estoy en una asociación ecologista y otras asociaciones no gubernamentales, de no provecho, que dicen los ingleses. Pero en circunstancias como aquella, parece que la gente intenta proteger a sus hijos lo primero y el pellejo.

Sé que te afecta, pero estas fueron las vidas de tus abuelos. Al menos una pequeña parte de sus vidas. Hijo, todo lo que no se enseña, se pierde, dicen los chinos. Espero que esta carta haya satisfecho tus curiosidades. No sé por qué te ha dado por ahí ahora. Que te vaya bien en Irlanda. Besos.

Por los siglos de los siglos.

Hola, escribo desde el futuro. Ya no estoy aquí con vosotros. No, no tengas miedo. ¿Estás solo? Vaya, vaya, no quería asustarte. Siempre he tenido un poco de mala leche.

Soy gracioso, estate tranquilo. Bueno, eso decía mi mujer. Esto te pasa por darle al juegucito ese de las letras y el vaso, que no vale para nada, por cierto. Ya lo decía un amigo mío en vida y es verdad, ahora te lo puedo asegurar.

Eres un majadero como todos, no te creas alguien especial y desde luego no te creas permanente, porque todos acabamos igual, en ningún sitio y en todos, aunque esto parece una paradoja topificada. Tonto.

Ya te dije que soy un poco cabroncete, no me hagas mucho caso. Bueno, levántate y verás una mancha en la pared, una raspadura. Je, je, la hice yo. Yo viví en esa misma casa y me sentaba en un sitio parecido. No, no exactamente ahí. ¿Has leído sobre técnicas de corrección postural? Porque desde luego te sientas muy mal, te vas a partir la espalda tú solo. Corcho. Por favor, no te asustes y siéntate con corrección.

No te muevas tanto por el pasillo, que me pones nervioso, tanto ir y venir. Hale, siéntate en el sofá del comedor, tu favorito y tranquilízate, venga, ya te dije que no quiero hacerte daño. Eso, ponte a leer, muy bien. ¿Qué libro es? Ah, sí, a mí también me gustaba mucho, El Jarama. Me temo que el autor acabó por detestar su propio libro, en fin, suele pasar. Adiós de momento, te dejo con la novela.

Ah, que estás... Perdona, sigue, sigue. Oye, bueno, aprecio que tienes un poco de problema. Ahora hay unas toallitas que vienen muy bien. En la farmacia, sí. Eso, lávate bien las manos. ¿Qué toca ahora? El sillón otra vez, ¿eh?, je, je. ¿Qué lees, qué? Mmm, una revista, bien, tienes de cine... y de ecología, sí, no está mal, bueno no quiero molestarte.

Un paseo por la ciudad. Escucha, tu ciudad no está mal. Ciudad de puentes sin agua. Metrópolis sin plazas. Ciudad de finas torres, que decía Machado.

Como te llames es lo de menos. Somos sólo nombres. Lo que importa es lo que hay dentro. Tú tienes buen fondo. Anda, sal, sal con los amigos. Adiós. Hale, hale, a pasarlo bien.

La playita y hacerte el muerto. Todo el mundo medio desnudo, las dunas, qué divertido. Disfruta, disfruta el momento, que es lo que más vale.

Duerme. Nadie molestará al sueño. Hazme caso, soy tu abuelo Julio, el que paraba los coches con la mano, el que se sentaba en aquella silla de la esquina.

Milagros.

María Jesús salió por las calles de Bombay enredada en una toalla blanca, por lo demás totalmente desnuda, ante el asombro de su compañera de habitación.

Nadaba en la piscina en cueros cuando Ana sorprendió la casa a oscuras.

-¿Qué pasa María Jesús? ¿Por qué no hay luz?

-No pasa nada, he puesto unas velas, ¿no lo ves?

-Sí, pero, ¿por qué no hay luz?

Cenaron junto a los cirios. Ensalada con nueces, palmito y un bocadillo.

-No, no pagué los recibos, se me olvidó, lo siento.

Cuando fue al váter después de haber comido sandía, se asustó al ver todo aquel rojo. Apagaba las colillas sobre la sandía repelada y causó varios accidentes automovilísticos en Los Ángeles.

De canija, ojos de cristal como dos peces, su madre le escondía la comida por extraños recovecos de la casa. La veo allí, se sienta en esa butaca soleada para leer comics y comer melones.

María Jesús o Chusa se encontró a Carlos en la puerta del teatro y lo saludó efusivamente, iba con su niña, cristales azules, se la presenta y la niña gira el cuello y se marcha. A mitad de espectáculo le da un vahído y desaparecieron las dos.

Chusa, Chusa, Chusa, te recuerdo y te estimo a pesar de todo y jamás contaré algunos de tus secretos, nunca, la gente no los comprendería. Hay que vivir. Vivir todos los días.

Siempre nos recordaré a ti y a mí en el sofá de casa de tu madre con los ojos de aquel gato gordo y blanco mirándome con celos. El cantero ya ha grabado las letras, brillantes ante el sol como todos vuestros ojos, familia.

Chupa de cuero.

Sentados en la mesa, ya dispuestos a tomar la cena, bravas, sepia y ensaladilla...

Tardó en llegar, pero tomó asiento. Laura ya estaba con el papel blanco enredado sobre la madera hablando con Carlos. Los peces muertos todavía no habían llegado. Ni la agricultura ecológica.

-Te conozco, dijo. Tú eres profesor.

-Sí -contestó con zozobra. (La situación le recordaba a la película de un psicópata que vio con anterioridad)

-Trabajaste en un instituto, en...

-Sí, soy profesor, dime dónde.

-Te recuerdo, con tu melenita y la chupa de cuero (los fotogramas del psicópata estaban más presentes ahora).

-Sí, sí, te veo. Has cambiado un poco, pero, sí.

-¿Qué ciudad? Ah, sí, fue un año, pero, deja, deja que no sé si fue un buen...

-Vaya, lo preguntaré, pero diste clase a Paz Herrera.

-Sí, sí, vaya.

-Sí, te recuerdo con tu chupa de cuero y tu... ¿te has cortado el pelo, no? (recuerdo tu poema de pequeño, lo recuerdo bien, el puñal en la noche...)

-Ha pasado tiempo de eso...

-Sí, sí, pero lo recuerdo, claro, éramos adolescentes y tú con aquella chupa, ¿era cruzadita, ¿no?, así... de aviador.

-Sí, sí (el poema decía así, lo recuerdo perfectamente, el puñal en la noche declarando tu soledad etc., etc.)

A través de los champiñones, la voz continuaba (eres un gran autor, escribías muy bien, recuerdo tu poesía perfectamente, ¿por qué no has seguido escribiendo? Siempre he admirado aquellos versos).

(Después los eliminó. A él y a su mujer. Se largó dejando esa estela de loco).

Cintia.

Cuando me expulsaron de clase y yo reconozco que hablaba, pero no era para tanto, no me imaginaba que la pesadilla iba a ser de tal calibre. Desde luego siempre me había parecido raro el director ese, pero...

En aquel sofá se estaba a gusto. No me creeríais si os digo que no me importaba aparecer por allí por esa razón. Pero el director estaba especialmente alterado aquel día, rojizo y algo sudoroso. Con sus gafas de elevadas dioptrías, se puso delante de mí sin dejar ver las fotos enmarcadas ni la vitrina. Lo que sigue es un borrón. El fin, yo diría.

El fuerte olor a humedad se introducía en mi estómago. Tenía ganas de vomitar y yo diría que vomité, si no fuera porque sé que los seres inertes...

Al caer, desde luego el cráneo se tuvo que resquebrajar. Ante ese sonido y la sensación de vacío, respondieron llantos de una voz conocida por mí, muy conocida.

Pare, pare.

Se me ha quedado grabado. Una voz que dice.

-Pare, pare.

Son los años sesenta y veo seiscientos, simcas mil, autobuses y escupitajos. Puros y un cartel de PROHIBIDO FUMAR Y ESCUPIR.

-Pare, pare (es el señor que vende lotería o cupones).

Hay unas vías de hierro medio tapadas, raíles de un antiguo tranvía que según los más mayores circulaba por ahí. Es una ciudad cambiante, eso siempre lo he sabido. Lucía me lleva de la mano.

Pedro y su cigarrillo, murió de eso. Quema la mano de su hijo al entrar en uno de los ascensores. Le sube los pantalones hasta arriba, aplastando sus pequeños testículos.

¡Aaaaaaaaaaaaay!

Anda, va, no será para tanto. No te he hecho nada.

E ir a casa de Julio. Gran bañera y ciento cuarenta metros, yo diría. Huelo la alacena.

Pedro Campos y Lucía Gomis. Vaya par. Andaban por la calle y reían como en la foto de Bob Dylan, hasta que dejaron de reír ya entrados los ochenta. Vistos a través de mí, quiero empezar a comprender que fueron diferentes, que tenían derecho a sus propias vidas pero, ¿por qué no? Iguales. ¿Y esa gente que pasaba por la calle...?, ni idea. No se puede conocer a todo el mundo ¿Dónde estará ahora ese bebé de la foto antigua del periódico?

No comí esos pajaritos fritos que Pedro dijo que vendían por estas calles, pues aquello calculo que sería en los cuarenta. Qué más da el tiempo, seguro que tu semblante ya circulaba por la calle angosta de los pájaros fritos o el maíz torrado.

Buñuelos, sus formas cada uno una. Sigue andando, no hay guía turística igual. La luz es diferente, ya se ha visto en las pinturas, pero aun en un día triste en el cementerio con gatos rencorosos y los árboles, de vuelta. Pese al ruido y los edificios, no pueden con esta ciudad.

El jardín ampliado con su mirador tiene cáscaras de pipas y bolsas de papas. Un teatro que diseñó un joven arquitecto con ilusión, quedará para tertulias de adolescentes comiendo pipas.

Esa grosería que alcanza a la península, queda levemente matizada por una pictórica luz y la reconvierte en indolente insolencia.

Tabú.

Soñaba con perder el pene, era reiterativo, como el perro que se le echaba encima o el serpenteo en la guerra, Dios.

Era recurrente. El miembro se despega de la pelvis y lo intento recuperar, pienso en volver a pegarlo, también disimulo para que no se note mi alteración. Claro que todos los hombres llevan eso encima, es lo normal, digamos...

Sin nada no soy mujer. Bueno, tampoco hombre. Al intentar buscarlo, está sucio, no sé si las técnicas de cirugía permitirán reponerlo.

Sé que no es algo agradable y desde luego no se lo contaría a nadie. Sudó cuando lo sueño y me produce una sensación de indefensión. Me levanto incómodo.

Se introduce ya en el sueño, otra vez, el perro, la guerra, ahora el cosetón, esa cicatriz impertinente, ahí. Nadie sabe nada, se toca, ¿qué había?, ¿naciste mujer u hombre? Te operaron para quitarte uno de los dos sexos. Desde luego, no se puede vivir con los dos géneros, sería extraño. Hay que escoger.

Nunca sabrá así si se trata de una realidad a ocultar perennemente o si todo fue producto de su propia y singular imaginación. Vete, vete. Pero me toco y palpo la cicatriz, vete, vete.

El perro.

Soy un cuento que habla solo. El autor no conoce todos los hechos, escondido tras el narrador, realmente sólo veía al perrito de vez en cuando. Pero los llantos los tenía que aguantar yo con toda la tristeza de este perro que dejaron aislado en una casa en que las paredes se venían abajo, todos los recovecos del animal, sus sitios a tomar viento.

Como te cogí aprecio, cuento este cuento por mi cuenta, sin lápiz ni tinta, sin narrador, que es el escupitajo del autor que se esconde como un cobarde tras las letras, ¿es que tienes miedo?, ¿eh?, ¿eh?

Que no, que no. No soy un cuentacuentos, soy, sencillamente, el cuento y no me da la gana que hablen por mí, el perro sufría, ¿sabes?, no, no sabes, cabrón, lo dejaste ahí ver cayendo paredes, sus huequecitos. Fusilar, fusilar, fusilaría al que trata mal a los animales y por otro lado, para mí, son personajes igual.

No, no, te digo que el perro no soy. Además, todo el mundo sabe que los perros no hablan. Se le echa encima a un vecino el pobre, no sé si es el autor o quién o un tipo normal de la comunidad. Le mira con esos ojillos, mueve el rabete.

Todos los muros caían, lo cual podría sonar a positivo, pero el animal perdía sus lugares favoritos, sus rinconcitos. Como un terremoto, una tragedia, una anécdota pesadillesca. ¿Entiendes?

No quiero hacerte perder más tiempo, seguro que tienes cosas que hacer. Vamos con prisa, hasta las vacaciones las queremos de prisa y el trabajo que pase deprisa, de prisa, ahora, a este perro que le den. Porque aquellos días se le hicieron lentos y lloraba. La cosa tiene cojones.

Muros, ladrillos, piedras y polvo, la destrucción, la nada y sobre todo el futuro en un túnel largo y oscuro y si se encuentra el final o un pequeño agujero.

Los humanos son los más inhumanos, vaya topicazo he dicho, pero, oye, abandonar un animalito, no, no, que no (soy el cuento).

No volveré a emerger, tranquilo, sólo ha sido la indignación. Las paredes volvieron, a otro sitio y quizá el bicho haya encontrada sus nuevos recovecos, como el sillón favorito de una persona en su hogar.

Flautín.

Canta con su voz de pito, a la luz, animando a una señora en el piso inmenso. Se cocina un hervido y flautín canta, tiene el pecho adelantado y el cuello le vibra. Es capaz de escuchar el silbido imitando a Bach con atención.

La mujer cocina, absorta en sus pensamientos, sola con las patatas y el agua, en un piso largo, conocido, con un poquito de polvo y figuritas de recuerdo.

Pájaro y mujer. Dos seres. Pía y canta y ella limpia los cacharritos. La tele, qué hablan. Que me van a quitar las fotos. Ese cajón, ese cajón te lo vamos a quitar. Apaga la tele la anciana. Se acabó. Va al váter casi de memoria, menos mal. El teléfono.

Mi hijo, una de mis distracciones, aquí sola todo el día, sí, sí. Hasta luego. Freírse algo, sentarse a comer. ¿Las gotas? ¿Para qué?

Desde que murió Pedro, realmente todo es más complicado, ducharse todos los días, lavarse los dientes todos los días y esa orquesta que suena, esa orquesta. Me pondré la radio, pero esas voces me dicen, te quitaremos las fotos.

Las fotografías tienen sus recuerdos congelados, los momentos que fueron. Miles serán, el registro intermitente y algo aleatorio de las familias, la de sus padres y la suya. Aquellos que ya no eran aquellos, ¿éste es Carlos? ¿Y éste es Jorge y éste es Raúl? No sé.

Había muerto Pedro Campos y la casa estaba todavía más vacía, unos libros que recordaban a Carlos y desde luego las fotos. Por lo menos las enfermeras que cuidaron a Pedro ya no estaban, invadían su intimidad.

Flautín sólo canta con el rayo de luz, con coraje y esperanza. La pata, la pata le duele un poco y se enrolla en sí mismo la cabeza para dormir.

Ahí en el cajón la vida se congeló, la garrafa de agua llena, saliéndose y el pajarito soberbio cantando entre el refilón de luz mientras la vieja Lucía tira de la cadena. Pedro murió. Lucía odiaba a sus enfermeras.

Vivir entre barrotitos, en una burbuja o una clara de huevo y morir también, arrugados, flautín primero y luego ella.

Final.

Desde aquí te veo llegar, pones tu cara que se acerca en primer plano, mira un rato como leyendo y luego se va.

Vienes otra vez, ah, sí por allá y te acercas. ¿Qué arreglas?, miras con esos ojos no tan verdes como los míos, se marcha otra vez. Adiós, adiós.

Quédate más rato, haces la visita del médico. No, no te veo bien, no llevo las gafas.

Llueve, veo alguien lejos, una figura borrosa. Eres tú, ¿qué llevas puesto?, no te había visto ese abrigo nunca. No te queda mal. ¿Y el paraguas? Siempre le ha gustado el agua.

¿Dónde está Pedro? O el señor Campos. ¿Lo has visto antes?, está allí. Y Julio... está con su mujer, mi madre. Esto es el final.

"Nació un poco molesta, redonda y con una mirada de desconfianza. Estamos en enero. La niña se encuentra bien."